

GANADOR AUTONÓMICO



CANTABRIA

Gerardo Guijarro - Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús

EL LIBRO BRAILLE

En aquel tiempo estaba siempre moviéndome. Me encantaba ir de un estante a otro, a pesar de que los libros de mi edad solían quedarse en los suyos. Era agradable ir a visitar a los libros de los estantes más altos y escuchar sus historias. Yo, en cambio, era un libro “especial”. Mi padre es un libro de historia y a mi madre la vendieron. Mis compañeros de estante ya tienen dos capítulos mientras que yo no tengo ni una letra sino solo unos bultos en mis páginas. Por eso los otros libros no solían juntarse conmigo. Aun así, tenía un amigo. Se llamaba Dicci, era un diccionario. Estaba lleno de palabras pero no contaban ninguna historia. Siempre se quejaba de que le leían de parte en parte, nunca de cabo a rabo. Sin embargo, a mí nunca me leían, pero creí que eso iba a cambiar cuando un niño se acercó a mí, me cogió, me miró con cautela, me abrió, y se le dibujó una sonrisa pícara en la cara. Me dejó en una mesa y se fue corriendo. Me quedé aterrorizado. Intenté huir, en vano, ya que el niño me encontró. Era pelirrojo, con muchas pecas, llevaba una camiseta y unos vaqueros además de un bloc de dibujo en su mano izquierda y a mí en su derecha.

Fue entonces cuando empezó a pintarme, pero no por mucho tiempo, porque la bibliotecaria siempre estaba alerta. Me arrebató de las manos del niño y me dejó en las de su becaria, que con expresión afable me dijo algo que no llegué a comprender, porque se me nubló la vista y me desmayé.

Me desperté en un estante muy raro y desordenado. Cuando me recompuse me percaté de que estaba limpio, sin pintadas. Divisé a lo lejos el estante de los libros mayores, lo que me dio una idea. Salí disparado hacia aquel lugar.

– Hola – fue el saludo con el que me recibió una enciclopedia.

– Hola – conseguí decir entre jadeos.

– Tengo una pregunta para ti – le dije.

– Dila pues – dijo la enciclopedia.

– ¿Por qué soy como soy? – dije. La enciclopedia se quedó en blanco.

– Pregúntaselo al libro de poemas – respondió esquivo.

Así pues fui a donde aquel libro, le hice la misma pregunta y éste me respondió:

– Esa respuesta no te la puedo dar, pues no la sé. Tú la deberás encontrar.

Me despedí y volví resignado a mi estante. Allí me dormí.

A la mañana siguiente me desperté por el timbre de la entrada. Me levanté cansado. Por la puerta entró una mujer rubia, de mediana edad, con unas gafas negras y un bastón en la mano. Habló con la becaria, ésta asintió, me miró y se dirigió hacia mí. Me entregó a aquella extraña mujer. Me temí lo peor. ¿Qué iba a hacer conmigo? ¿iba a pintarme? ¿A darme con el bastón? Pero por suerte estaba equivocado. Se sentó en una mesa, me abrió y comenzó a leerme. Pero no me miró. Mantuvo la vista al frente y empezó a pasar sus dedos por mis bultos. Me hacía cosquillas. Fue entonces cuando empecé a notar una historia, una historia muy bonita. Entonces comprendí que no era un libro normal. No soy un libro de aventuras, ni un romance, ni ningún *best-seller*. Soy un libro en braille contando mi propia historia.